

Simona Sparaco

# NADIE SABE DE NOSOTROS

Traducción del italiano de  
Teresa Clavel Lledó



Título original: *Nessuno sa di noi*

Copyright © *Simona Sparaco, 2013*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2014*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-571-7

Depósito legal: B-2.578-2014

1ª edición, febrero de 2014

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*Para el más pequeño y el más  
grande de mis maestros.  
Mi hijo.*



## Prólogo

Aquí estamos todas.

Cada una con su trofeo, más o menos ostensible, y el historial clínico bajo el brazo. Todas sentadas en perfecto orden, como si estuviéramos en el colegio esperando una reprimenda del director. Algunas hojean una revista con la expresión vaga y satisfecha de quien sabe que saldrá impune. Otras, en cambio, con la cabeza baja, aprietan con nerviosismo las manos cruzadas. Como si detrás de esa puerta color pastel hubiera realmente una amenaza de expulsión.

Somos todas madres en espera de una ecografía.

Una de ellas me pregunta de cuántas semanas estoy; yo le respondo con desgana y Lorenzo me da una patada. Parece que quiera recordarme que ya no estoy sola, que de ahora en adelante deberé esforzarme para ser más sociable aunque sólo sea por él. Al fin y al cabo, en esta sala de espera podría haber siete posibles futuros compañeros de juegos. Y se queda así, con el pie hincado bajo mi esternón. Lo imagino de morros y con la

misma tenacidad que yo cuando definiendo mi postura. Por lo demás, hace veintinueve semanas y dos días que no hago otra cosa. Fantasear.

Pietro está sentado a mi lado. Siempre se pone el jersey de rombos verdes y azules, el que llevaba el día de la entrega del título de licenciado, lleno de bolitas y deshilachado. Dice que es una superstición. Está mirando las ecografías anteriores, desde la de translucencia nucal hasta la morfológica, quizá buscando en ese intrincado juego de sombras su nariz o mi boca, la forma de los ojos de su madre, que parece salida de una película muda, o la de la cara de mi abuelo, el partisano, cuya sonrisa rebosaba de orgullo. Mientras tanto, yo pienso en el color de las paredes de la nueva habitación, recién pintadas. Al final no quedaron del azul degradado en una gama de grises que había visto en un catálogo francés y que tanto me había gustado; al secarse, el azul resultaba artificioso, como de película en tecnicolor de los años cincuenta. Vete a saber por qué los pensamientos son siempre tan insignificantes un momento antes de lo impensable.

Ahora me toca. Una chica joven sale de la consulta, sola: un abultamiento del vientre apenas esbozado; la mirada titubeante, pero ya cargada de promesas. La doctora, desde el umbral, me indica que entre.

—Pase.

Me levanto y voy hacia ella. Pietro me sigue en silencio. La saludamos ambos con una media sonrisa impaciente.

—Luce, ¿cómo está? —pregunta, cerrando la puerta a su espalda.

—Como una enorme incubadora —ironizo, resoplando.

—¿Sabe que a raíz de leer su sección de correspondencia me he suscrito al semanario?

Sin darme cuenta, le doy las gracias con una fórmula de cortesía convencional. Me acerco enseguida a la camilla. Estoy impaciente por levantarme el vestido y volver a verlo.

Pietro abre la carpeta plastificada donde guarda los informes de las revisiones anteriores, pero la doctora lo detiene con un gesto de la mano. Se nota que es nuestro primer hijo.

—Vamos bien —afirma, observando mi vientre redondo como un huevo gigante—. Ha crecido bastante.

Ya estoy tumbada y tengo el vestido recogido sobre el pecho. Miro la sonda ecográfica, a pocos centímetros de mí, como un drogadicto con síndrome de abstinencia ante una dosis de metadona. Pietro me coge una mano. La doctora nos sonríe. Sí, vamos bien. Sigue sonriendo cuando enciende el monitor y aplica sobre mi piel tensa un gusano de gel frío y transparente.

—En vísperas de Navidad les entra a todas una prisa... —bromea en voz baja—. Parece que se pongan de acuerdo para pedir cita el mismo día —añade, a la vez que con la sonda extiende el gel trazando una amplia espiral y presionando con delicadeza bajo el ombligo.

Pero, cuando en el monitor aparece por fin la cabeza de Lorenzo, deja de sonreír. De pronto, las mejillas se le descuelgan a ambos lados de la boca, como dos bolsas flácidas y rugosas. Y entre las cejas se le forma un surco profundo, de consternación.

En el monitor, mi hijo va y viene, como las imágenes que devuelven los espejos deformantes de un

parque de atracciones. La doctora detiene la proyección cuando la silueta le parece fiable y teclea en el ecógrafo para tomar las medidas exactas. Lorenzo está de nuevo ahí, en blanco y negro, sobre nuestras cabezas, mientras líneas rectas lo atraviesan de un lado a otro. La última vez me emocioné al lograr distinguir entre aquellas sombras su cara cubierta por las manitas, en un gesto de fastidio o de defensa, quién sabe. Mientras un círculo se abre como un abismo sobre su minúsculo cráneo para determinar el diámetro, analizo la mirada de la doctora tratando de captar en cada mínima contracción de sus párpados un anticipo, un indicio.

La doctora comenta con su ayudante unos números que para mí no tienen sentido, pero aun así comprendo que algo está cambiando. Ahora. Para siempre.

—Es corto —sentencia varias veces, refiriéndose al fémur.

Empiezo a estirarme el pelo, como cuando me pongo nerviosa. Cojo un mechón y lo enrolló alrededor de un dedo. Tengo los ojos clavados en sus piernecitas, que por primera vez distingo con nitidez. Los piececitos, Dios mío, están ahí, perfectos, un dedo junto a otro, como deben ser los piececitos de un recién nacido, sólo que él está todavía dentro de mí. El corazón me retumba en los oídos, en la barriga, en los huesos. No sé si es el mío o el suyo, lo noto en todas partes. Estoy confusa, con la mente nublada. La doctora presiona la sonda y desplaza el haz de líneas en todas direcciones. Pietro me aprieta la mano sin decir nada.

Esas líneas y esos círculos siguen moviéndose sobre la silueta de nuestro hijo, como garabatos, pero de una precisión geométrica, infalible. La doctora lo mide varias veces, se demora en las piernas, en los brazos, en



la cabeza y, por último, en el tórax, el detalle que parece preocuparla más. Me pide que esté tranquila, pero a su ayudante le ordena que telefonee a mi ginecóloga:

—Dígale a la doctora Gigli que venga enseguida.

Hace desaparecer las líneas con un suspiro que es como un vaso que cae y se hace añicos contra el suelo, y me dice que me vista.

Estoy rígida, me tiemblan las manos, todavía agarradas al pelo. Con una hoja de papel absorbente, me limpio el gel de la barriga, pero cuando la cubro noto que todavía está húmeda y helada.

—¿Quiere un poco de agua?

—No; quiero saber qué pasa.

—Venga, siéntese.

Me ayuda a bajar de la camilla para que tome asiento en una silla, ante la mesa. Pierdo el equilibrio, la luz artificial de la lámpara de yodo me hace tambalear, me cuesta mantener los ojos abiertos. No puedo por menos de buscar los de Pietro, esperando encontrarlos posados en mí y tranquilizadores, como una brújula. En cambio, están acuosos y perdidos, clavados en el monitor ya completamente negro.

Y es entonces, mientras la doctora habla de retraso preocupante en el crecimiento, de quinto percentil y otros términos incomprensibles, cuando empiezan los destellos. Pequeñas ráfagas blancas que por un largo instante anulan todo lo demás.

—Desde la vigésima semana hasta hoy, el niño no ha crecido como esperábamos. Hay anomalías preocupantes que me hacen pensar en una forma de displasia esquelética, pero no estoy en condiciones de dar un diagnóstico.

—¿Por qué no se ha visto nada hasta este momento?  
¿Qué debemos hacer ahora? ¿Cuál es el tratamiento?

Reconozco la voz de Pietro, cerca, desde algún sitio. Sus preguntas inquietas suenan amortiguadas, distorsionadas. Tengo la sensación de haberme quedado sola en la habitación, y en el mundo, como cuando de pequeña jugaba al escondite y al terminar de contar empezaba a buscar a mis compañeros y no lograba encontrarlos.

—¿He hecho algo que no debía? —los interrumpo bruscamente mientras lágrimas silenciosas surcan mis mejillas. Los miro sin verlos. Después formulo la pregunta temida y maldecida por todas las madres, de un tirón, estrujando entre las manos un borde mojado del vestido—: ¿Ha sido culpa mía?

## **PRIMERA PARTE**



Vamos a edificarnos una ciudad y una torre  
cuya cúspide llegue al cielo y nos haga famosos,  
por si tenemos que dividirnos por la faz de la  
tierra.

Pero el Señor dijo:

... Bajemos, pues, y confundamos su lengua,  
de modo que no se entiendan unos a otros.

Génesis 11, 4-7



*Año XVI, n.º 705, 2 de junio*

Estimada Luce:

Leo siempre su sección. Me hace compañía un día a la semana antes de acostarme, y son las noches que mejor duermo. Me gustan sus respuestas agudas, los consejos que da a las lectoras, los pensamientos que expresa sobre las cuestiones de la vida. De su última selección de entrevistas emerge toda su originalidad. Es usted la amiga que tanto me habría gustado tener.

Tengo cincuenta y seis años, no estoy casada ni tengo hijos. Soy enfermera, y llego al final del día tan cansada que me cuesta incluso echar agua y un cubito en la olla para prepararme una sopa. Algunas noches me gustaría que alguien me cuidase, como hago yo todos los santos días con decenas y decenas de completos desconocidos. Pero no me malinterprete, Luce, la mía no es una soledad melancólica, hecha de añoranzas o abandonos; he llegado a donde estoy por elección propia, consciente de haber buscado mucho tiempo y de no haber conseguido nunca encontrar, al menos en mi mundo, a esa persona capaz de descifrar mis silencios. Mi medicina no es necesariamente

un marido o unos hijos que ya no tengo edad para imaginar; quisiera sólo una amiga, una amiga sincera, que me mantuviese alejada del aburrimiento y llenase mi vida de cosas interesantes.

Por suerte, me quedan las revistas como la suya, la literatura, el cine y la vida en el hospital, que se hojea un día tras otro, como las páginas de un libro monótono pero con fragmentos de inesperada gratitud. ¿Y quiere saber qué pienso de la humanidad después de treinta años ejerciendo este oficio? Pues bien, Luce, le diré que en el hospital no hay más enfermos que fuera. Todos buscamos sin cesar una cura. Un tratamiento que nos vuelva del revés, incluso que nos borre, con tal de que nos salve. Que nos haga volver atrás o que nos empuje hacia delante. Aun tras haber vencido lo incurable, todos, antes o después, volvemos en busca de una cura.

Y no es suficiente una noche a la semana para pensar en haberlo encontrado.

Con gratitud,

Agnes55



# 1

Lorenzo llegó una mañana de junio, cuando, tras cinco años de inútiles intentos, Pietro había decidido no esperarlo más.

Me había despertado a trompicones, atrapada por una necesidad imperiosa y arrancada a la fuerza del sueño. Mientras afloraba a la realidad, por una fracción de segundo olvidé mi nombre. Ya no tenía treinta y cinco años y mi vida era todavía una página en blanco. En el ordenador no había artículos pendientes de escribir o lectores de mi sección a quienes responder. No estaba el montón de multas y notificaciones de la administración acumuladas en la entrada, la lista de la compra, la ropa para la tintorería, las cazuelas en el fregadero de la cocina llenas hasta el borde de agua y lavavajillas. No tenía el pelo demasiado rizado ni los ojos siempre hinchados. Y, en ese breve paréntesis de inconsciencia, no era hija de nadie.

Después me volví hacia la mesilla de noche.

Lo primero que vi, al pie del despertador digital, fue el *stick* de ovulación. Me lo había dejado ahí la no-

che anterior; verlo fue como una bofetada. Me recordó de inmediato quién era y dónde estaba.

En mi dormitorio, sí, pero también en los días más fértiles del mes.

Exploré el resto de la habitación para encontrar lo que me urgía. La mirada se deslizó con rapidez sobre la cama deshecha, las paredes color resina, la *chaise longue* cubierta de ropa tirada, las columnas de libros amontonados sobre la cómoda y encima del mueble del televisor, hasta que, entre esos detalles superfluos, localicé el objeto de mi búsqueda. Estaba de pie, frente al espejo del armario, luchando con una corbata.

Hacía un mohín con la boca y el pelo castaño claro le caía sobre la frente. Lo miré con una mezcla de emociones: una pulpa interior de ternura y complicidad, encerrada en una dura cáscara de terquedad y disciplina.

Luego me froté los ojos, levanté el edredón y me estremecí al tomar contacto con el mundo exterior. Estaba preparada. Aunque nunca me ha gustado el sexo por la mañana temprano, me estiré hacia Pietro para agarrarlo de la americana y hacerlo caer entre las sábanas.

—Vas a hacer que pierda el avión —protestó, oponiendo una resistencia pasiva y tambaleándose hacia atrás un instante sobre la moqueta.

—Si nos damos prisa, llegarás a tiempo —lo tranquilicé mientras, con un movimiento decidido, lo atraía hasta el centro de mi nido.

—Cuidado con el traje...

Como siempre, se dejó arrastrar, volviéndose un segundo antes de tocar el borde de la cama y caerme encima. Lo guié hacia mí y lo busqué con los labios.

Nuestros besos se habían convertido en un juego de resistencia: mi lengua despertaba la suya, la arrancaba de la inercia y la obligaba a responder, más en nombre de la cortesía que de la pasión. Sabía en qué estaba pensando. Éramos prisioneros de un *stick*. Ese pequeño objeto oblongo, de plástico blanco y lila, marcaba el ritmo de nuestros orgasmos, dictaba leyes en nuestra vida sexual. Hubiera querido convencerlo de lo contrario, pero tenía razón. Estaba haciéndolo por el *stick*. Si no, me habría acurrucado bajo el edredón y me habría dormido de nuevo. Al fin y al cabo, mi despertador aún no había sonado.

En cuanto me penetró y empezó a moverse, intenté retener su mirada y fijarla en la mía. Pero Pietro ya tenía los ojos puestos en otra cosa: en la segunda ducha que debería darse, en la ropa arrugada que tendría que cambiarse, en el avión que al final despejaría sin él.

Nadie habría apostado por nosotros: una periodista *free lance* y el hijo de un industrial. Nos conocimos a raíz de mi trabajo, y después de seis años seguimos juntos. El mérito fue de mi director: me había enviado a entrevistar a un típico hijo de papá y luego había suprimido la mitad del artículo por políticamente incorrecto. Empezamos a salir cuando Pietro telefoneó a la redacción y me invitó a cenar; sentía curiosidad por leer la versión original de la entrevista. Y yo acepté por el contraste entre nosotros. Se la leí ante una copa de cabernet, subrayando deliberadamente los pasajes más desagradables. Quería guerra. Es otro modo de empezar. Con el cuchillo afilado entre los dientes y el deseo de que te lo arrebaten, para encontrar en su lugar unos labios entreabiertos.

Nos enamoramos enseguida, pero no nos sorprendió. Somos dos extremos que se tocan. Pietro es decidido, pragmático y, al margen de las apariencias, honrado de modo casi infantil, además de romántico y optimista. Si lo pienso, los adjetivos se encadenan en una secuencia lógica y exhaustiva. La incoherencia sólo me sorprende cuando tengo que hablar de mí. No me reconozco en ninguna definición. Me siento fluida, siempre a punto de desbordarme, un río tumultuoso que se dispersa en mil arroyos. Con los demás me he cruzado como con catástrofes naturales: han provocado desprendimientos, pequeños movimientos telúricos, remolinos capaces de engullirme. Pero Pietro fue el primero en cambiar las cosas. El primero en erigir diques e imponer un rumbo a mi curso. El primero que me hizo sentir sólida: el molde dentro del cual encontré una forma.

Unos minutos más tarde, apoyé la cabeza en los pies de la cama y levanté las piernas contra la cabecera para facilitar el recorrido a la vida, como había aprendido en algún foro de internet. Pietro me observó desde el borde, con la cara de alguien que se ha extraviado en un sueño. Le dirigí la acostumbrada sonrisa, hipócrita y socarrona, pero no obtuve respuesta. Encerró su perplejidad en un suspiro, se levantó y se fue al baño.

Estaba demasiado ocupada para preocuparme por eso, espoleando mentalmente a mis óvulos para que se mostraran afables y receptivos. Estaba animando a la vida.

Desde el baño, mientras tanto, me llegó el rumor de la ducha. Imaginé que el cuerpo desnudo de Pietro reaccionaba al entrar en contacto con el agua, se disol-

vía como una aspirina efervescente y se colaba en un reguero espumoso por las ranuras del desagüe. De golpe me sentí a la intemperie, vulnerable. Algo había logrado resquebrajar la cáscara y estaba triturando la pulpa.

Me juré que aquélla sería la última vez y que al día siguiente volveríamos a llevar una vida normal.

En ese preciso instante —ahora lo sé— fue cuando concebí a nuestro hijo.